

# Históricas Digital

Evelia Trejo y Álvaro Matute

“Introducción”

p. 9-34

*Escribir la historia en el siglo XX.  
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

# Introducción

*La interpretación es el proceso por el cual, en el juego de preguntas y respuestas, los interlocutores determinan en común los valores contextuales que estructuran su conversación.*

PAUL RICOEUR

## *La historiografía del siglo XX en México*

Las publicaciones que abordan algún periodo o aspecto de la historiografía mexicana escrita en el siglo XX han sido motivadas generalmente por situaciones coyunturales en las que se impone una revisión ya sea general o particular de cualquiera de los múltiples aspectos que involucra; no existe hasta la fecha una obra que, como resultado de una investigación de largo aliento, haga las veces de una historia de la historiografía publicada en el novecientos. La mayoría de los textos aludidos, sin embargo, es ya una buena muestra de la riqueza y complejidad del tema y puede constituirse en punto de partida para dar lugar a un acopio de fuentes y una sistematización de las mismas con miras a proponer una interpretación más acabada de lo que representa el fenómeno en cuestión, y abrir con ello nuevas líneas de exploración sobre el tema.

Los autores que recurrentemente han contribuido a divulgarlo, tales como Enrique Florescano, Luis González y González, Álvaro Matute y, en menor medida, Miguel León-Portilla, Jorge Alberto Manrique, José María Muriá, Andrea Sánchez Quintanar, Gloria Villegas y algunos más, han puesto sobre la mesa factores dignos de tomarse en consideración para proceder a su estudio: características generacionales, personalidades influyentes, temas preferentes, orientaciones ideológicas y metodológicas, marcos institucionales, etcétera. Algunos de sus textos se han divulgado con amplitud, mientras que otros han quedado restringidos a una memoria de congreso. Al lado de este tipo de trabajos tendrían que situarse aquellos que permiten alcanzar una mayor profundidad en el análisis de ciertos aspectos de la historiografía, ya sea mediante el estudio de algún autor o conjunto de autores —caso en el que se encuentran algunas tesis—, ya a través de la presentación más acabada de la historia de las

instituciones en que se ha desarrollado la investigación o la docencia de la historia. Existen asimismo compilaciones de textos que dan cuenta de la manera en que los historiadores caracterizan su quehacer tanto en términos generales como con referencia a las distintas especialidades que se han establecido dentro de la disciplina histórica.<sup>1</sup>

Lo cierto es que de esa dilatada experiencia de los mexicanos, que desde las primeras décadas del siglo dieron a la imprenta escritos fruto de investigaciones o testimonios de acontecimientos que juzgaron significativos, podría construirse un cuadro impresionante. Múltiples formas de relacionarse con el pasado se hicieron presentes a lo largo de la centuria y pueden ser examinadas por quien, preocupado por la taxonomía, quiera clasificarlas. Tomaron la pluma para hablar de lo sucedido en el tiempo cercano o en el lejano, personas de características muy distintas. Hubo por ejemplo, quienes involucrados o movidos por los episodios de la Revolución Mexicana se improvisaron en las armas de la historia y construyeron relatos o compilaron los documentos pertinentes para dejar evidencias de esa primera gran revuelta. Quienes en cambio, al margen de ella, cultivaron gustosos la ancestral dedicación a explorar papeles viejos y construir con ellos representaciones de pequeño y gran formato sobre individuos, pueblos, regiones, naciones, costumbres y un extenso etcétera. Hubo también quien produjo explicaciones ambiciosas sobre el conjunto de la historia patria. Al amparo de la vivencia y en algunos casos en combinación con la preparación que se conseguía en los estudios, la historia en México fue adquiriendo de manera paulatina un lugar entre las actividades propias de los hombres de estudio. La tradición le había señalado un sitio que mantuvo; no era una novedad que políticos en gracia o en desgracia, o que eruditos y letrados tomaran el camino de la indagación para dejar su huella. Pero, a la vez, el siglo XX fue señalando nuevos rumbos. Las implicaciones del devenir en todo tipo de toma de conciencia son de relieve en el trabajo de la historia. El viento que fue borrando herencias también sirvió para la siembra. La vocación por el pasado encontró terrenos propicios para roturar y paralelamente adquirió herramientas disciplinarias que fijaron sus límites respecto de otros quehaceres.

No cabe duda de que fue en el periodo de estabilización posrevolucionaria cuando se propició la puesta en marcha del trabajo profesional de la historia. En él tuvieron efecto disposiciones provenientes de años atrás que sólo entonces pudieron consolidarse —un ejemplo socio-

<sup>1</sup> Algunos de los textos que permiten acercarse a esos diversos planos de la historiografía mexicana del siglo XX aparecen al final de esta obra dentro de Bibliografía recomendada. Sin embargo, no se incluyen en ella las investigaciones de tesis que, por su naturaleza, en muchos casos puntualizan, modifican o complementan juicios reiterados sobre ciertos temas.

rrido es el de la creación de la Universidad Nacional, y dentro de ella, para efecto de lo que aquí interesa, la de la Facultad de Filosofía y Letras—. Desde el ámbito de la educación, por el compromiso con el resguardo de la memoria, debido al apetito de alta cultura, en fin, por razones de diversa índole, se fue creando el clima conveniente para enseñar, indagar, discutir y divulgar la historia. Los espacios que capitalizaron mejor esa posibilidad se convirtieron en centros de formación. Allí llegaron las propuestas de qué, cómo y con qué hacer la historia. También comenzaron a dibujarse en ellos los distintos perfiles para cultivarla.

El paso de las décadas permitió calibrar los cimientos y señalar las expectativas que creaba tanto en los ámbitos internos como en los externos este modelo de producción de conocimiento del pasado que, conforme incrementaba su presencia, diversificaba y pulía sus métodos para ir en pos de la verdad de lo ocurrido. Al mismo tiempo, e inevitablemente, el gremio de los historiadores se organizaba en filas, dejaba ver las banderas y escudos necesarios para apostarse en los mejores sitios. Son innumerables los nombres de quienes dieron cuerpo a este nuevo ejército de profesionales, como incontables son también los resultados de sus esfuerzos. Sin embargo, puede decirse que al mediar el siglo XX había personalidades que destacaban y cuya influencia se dejaba sentir en la formación de cuadros de historiadores que cada vez en mayor número, titulados o no, se incorporarían a un mercado de trabajo existente desde mucho tiempo atrás: las escuelas públicas y privadas de educación media superior fueron los sitios de arribo de estos egresados del nivel universitario, aunque también comenzaron a incrementar el número de quienes, desde finales del siglo anterior, habían hecho de los archivos y repositorios de libros y papeles viejos un espacio para vivir en contacto con el pasado. El tránsito hacia los sitios especialmente diseñados para llevar a cabo la investigación de la historia se fue efectuando, con mayor o menor velocidad, ya adelantada la cuarta década.

La presencia de corrientes de pensamiento que en ciertos momentos llegan a colocarse frente a frente, así como la promoción de los temas y los aspectos de la historia que deben ser puestos en relieve para enseñarla o para escribirla, han sido una constante en los anales de la historia de la historiografía, y toman un particular significado cuando el quehacer se vuelve asunto de profesionales. De modo que una revisión somera de estas cuestiones bien vale la pena para colocar un telón de fondo a lo que ofrecemos en esta obra.

Por una parte, conviene recordar que una de las más caras herencias del siglo XIX a su sucesor fue la que como parte de la filosofía positivista formulada por Augusto Comte y enriquecida entre otros por Herbert Spencer, destinaba a la historia un papel importantísimo en favor de la

ciencia que coronaba el edificio del conocimiento, la sociología. Depurar sus métodos para conseguir con plenitud sus fines era una de las tareas prioritarias para la historia si quería colocarse, aun cuando fuera a la sombra, junto a aquélla. La cientificidad de la historia, puesta a prueba, también tuvo que atenerse a los influjos de quienes postulaban la distancia entre uno y otro tipo de ciencias. Las naturales y las humanas, diferenciadas, no era posible que compartieran métodos. De allí que la doble herencia decimonónica se convirtiera con el correr del tiempo en arena apropiada para la discusión. Se habló en algún momento de esta historia de positivistas e historicistas enfrentados, de historia tradicional y nueva historia; de historia auténtica e inauténtica; como adelante se hablaría también de historiadores marxistas en pie de lucha contra quienes se resistían a adoptar su teoría para enfrentar el tratamiento de la historia, y más tarde aún, de lo que debiera anotarse como diferencia sustancial entre los seguidores de la escuela de los *Annales*, en sus diversas modalidades, y los cultivadores de la historia sin escuela, todo esto, por citar sólo unos cuantos ejemplos.

Lo cierto es que, en medio de las argumentaciones que han orientado y animado a unos y otros, un amplio contingente de estudiosos se ocupa día con día de continuar la tarea sin término posible de aumentar el conocimiento del pasado, o, en palabras de J. H. Hexter a propósito de la historiografía, de “ensanchar los límites del saber histórico”.<sup>2</sup> La pertinencia del asunto en cualquier momento del devenir no se discute; lo que invariablemente está sujeto a la consideración de quienes elaboran historias, de quienes leen historias, de quienes hacen uso de ellas para muy distintos fines, son las fórmulas apropiadas para dar cuenta y razón del acontecer que irremediamente se hace pasado. Hurgar en un tema tan vasto como éste, con la intención de alcanzar algún tipo de acuerdo entre todos estos planos, no es el propósito de las páginas que siguen. Sin embargo, lo que sí asumimos como reto es proponer algunas consideraciones para abundar en el asunto de que en todo tiempo y desde las más diversas perspectivas, los historiadores han encontrado en el acontecer de México temas para ser explorados y cultivados con el fin de dar a conocer resultados que expliquen y comprendan la vida de México en alguna o algunas de sus facetas.

<sup>2</sup> El artículo en el que J. H. Hexter expresa su posición respecto de la historiografía, considerándola desde el punto de vista retórico y discutiendo sus posibilidades para comunicar lo que el historiador sabe o cree saber, destaca el interés que tiene acercarse a la práctica misma de los historiadores, la cual se manifiesta mediante el lenguaje con el que dan a conocer los resultados de su labor. En parte, esta observación anima la propuesta aquí presentada. J. H. Hexter, “Historiografía. La retórica de la historia”, en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, David L. Sills, dir., Bilbao, Aguilar, 1974, v. V, p. 451-472.

El libro que ofrecemos tiene el objetivo preciso de mostrar con ciertos casos notables ese ejercicio. Por varias décadas, no todas, historiadores por vocación e historiadores preparados en las aulas para serlo encontraron respuesta a sus preguntas por la vía comúnmente aceptada: investigando en papeles del pasado aquello que quisieron aclarar, explicar. Sus resultados han llamado nuestra atención por razones que no siempre estaremos en posibilidad de determinar. En cambio sí podemos anticipar que al reunirlos hemos obedecido nuestra propia manera de concebir el proceso aún no explicado de la historiografía del mencionado siglo. Será motivo de un trabajo de distinta intención el que nos permita hacerlo presente; por lo pronto, interesa colocar en los sitios correspondientes cada una de esas variables, cada una de esas “unidades de orden superior” de la historiografía<sup>3</sup> que esta vez hemos seleccionado para contribuir con un cuadro impresionista a la compleja y siempre inacabada imagen de la historiografía del XX.

#### *Las obras. Un elenco representativo*

Escoger treinta obras de la historiografía mexicana del siglo XX ha sido una tarea difícil. Los coordinadores no dudamos de que entre las seleccionadas haya algunas que son de las más representativas del quehacer historiográfico mexicano del siglo pasado, al lado de otras que tal vez no lo sean tanto. El riesgo se debe correr, sobre todo en la medida en que todas, las treinta, son susceptibles de ser sometidas al estudio de que fueron objeto.<sup>4</sup> Hay, es cierto, omisiones lamentables. Por ejemplo, no se incluyen trabajos elaborados en los tres primeros decenios del siglo. Se resienten ausencias notables de textos producidos por viejos porfiristas o positivistas, como *El verdadero Díaz y la Revolución* o *La evolución histórica de México*, de Francisco Bulnes y Emilio Rabasa, respectivamente; tradicionalistas como la *Breve historia de América*, de Carlos Pereyra, para

<sup>3</sup> Cuando José Gaos se refiere a las *obras historiográficas* como las integrantes de la realidad histórica de la historiografía, puntualiza que se trata de las unidades de expresión verbal escrita de orden superior; y se infiere de sus consideraciones que lo son por tratarse de los “cuerpos de proposiciones en ciertas relaciones” que implican el mayor esfuerzo para expresar el conocimiento del pasado, en vista de que integran todas las operaciones que lleva a cabo el historiador. Cfr. José Gaos, “Notas sobre la historiografía (1960)”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 208 p. (SepSetentas, 126), p. 70.

<sup>4</sup> Una lista de las treinta obras, dividida en dos partes, antecede a los textos que se ocupan de ellas. Se señalan allí los títulos abreviados, el nombre de los autores y las fechas de la primera publicación. Los datos completos de las primeras ediciones aparecen en la primera página de cada estudio, aun cuando las referencias correspondan a ediciones posteriores, según se indica.

citar una posible, o bien obras controvertidas, como la *Breve historia de México* de José Vasconcelos. Entre los trabajos seleccionados, hubo inclusive necesidad de optar por ellos sin averiguar si se trataba del que mejor representa a su autor. Como toda selección, la que hicimos es producto de una subjetividad, en este caso compartida no sólo por los coordinadores, sino por casi todo el grupo de colaboradores, ya que se hicieron y se escucharon propuestas en el seminario organizado para llevar a cabo el trabajo que tiene el lector ante sí. Todavía en el terreno de las omisiones se advierte con facilidad la de historias del arte. Si bien hay estudios sobre dos trabajos muy señalados, es difícil explicar la ausencia de un tercero, el *Arte colonial en México* de Manuel Toussaint. Y así como en este caso, cabe mencionar que se extrañan dos aportaciones notables, debidas a la pluma de mujeres, *Establecimiento y pérdida del septentrión de la Nueva España* y *Cultura femenina novohispana* de las historiadoras María del Carmen Velázquez y Josefina Muriel, o bien, subrayar la falta de *El guadalupanismo mexicano*, de Francisco de la Maza. En suma, de llenar tantas lagunas, como las que se pueden detectar a simple vista, en lugar de treinta pudieron haber sido al menos cincuenta las lecturas.

Como hemos dicho, para llevar a cabo el proyecto se constituyó el "seminario de los jueves"; ése fue el espacio que permitió planear, discutir, asimilar, leer, analizar y, lo más importante, concluir, la revisión de treinta obras señeras de la historiografía mexicana del siglo XX.

¿Qué obras? Si se hace un recorrido a través de ellas, conforme hicieron acto de aparición en las librerías, ilustran un panorama de intereses temáticos, modos de realización, apertura de campos, precisión de líneas, ensayo de escrituras, búsquedas interdisciplinarias, en fin una amplia gama de lo que puede hallarse en la historiografía a lo largo de siete décadas de práctica, sobre cuyos frutos habrá que detenerse aún más una vez hecho el siguiente primer viaje que simplemente considera algo de lo que representan en ese mapa incompleto.

*La revolución agraria de México (1932-1936)* y *Coahuila y Texas en la época colonial (1938)* son trabajos muy distintos de autores que tuvieron en común el hecho de participar de manera activa en la Revolución. Mientras el primero escribió sobre ella, el segundo, en la obra aquí elegida, prefirió indagar sobre el pasado remoto de su tierra natal. Andrés Molina Enríquez en realidad escribió toda una historia de México, vista a la luz de la étnica, y afiliada al tronco oriental de la civilización. Una obra donde la ideología es manifiesta, abierta, incluso militante. Vito Alessio Robles, en cambio, optó por la seguridad documental de la tierra norteña que le era familiar. Su trabajo abre nuevas perspectivas a la historia regional, que aborda plenamente. Estos dos libros fueron escritos antes de 1940, el primero dentro del Museo Nacional; el segundo, prácticamente en el

autoexilio texano que se impuso su autor, tras la derrota política del vasconcelismo.

Con el cambio de la década se presenta *El porfirismo, historia de un régimen* (1941-1948), la primera historia del tiempo porfiriano escrita por alguien que no fue protagonista del mismo y que abrió las puertas de la historia política a los estudiosos no involucrados en los hechos. El libro de José C. Valadés abre un capítulo importante en la historiografía política. Asimismo *Raíz y razón de Zapata* (1943) representa el acto de escribir sobre la Revolución sin haber tenido participación en ella. Con el fin de explicar el zapatismo, Jesús Sotelo Inclán se remonta hasta la época colonial para encontrar la raíz y la razón del movimiento. En los tempranos años cuarenta, acompaña a los dos libros mencionados el primero que se origina a partir de una tesis elaborada para obtener un grado: *El positivismo en México* (1943-1944) de Leopoldo Zea, estudio académico de un género poco frecuentado entonces, la historia de las ideas, que denota la presencia de un mentor excepcional, José Gaos. De corte académico también son dos obras aparecidas en 1944: los *Ensayos sobre la colonización española en América* de Silvio Zavala y *Arte precolombino de México y América Central* de Salvador Toscano. El primero recoge estudios particulares sobre temas que abarcan aspectos histórico-jurídicos e ideológicos de España en Indias, en el siglo XVI, mientras que el segundo es una primera tentativa de corte enciclopédico por abarcar la producción artística del horizonte prehispánico. Emparentados con este trabajo están el *Arte moderno y contemporáneo de México* (1952) de Justino Fernández y la *Historia de la literatura náhuatl* (1953-1954) de Ángel María Garibay: el primero, por ser parte del proyecto planteado por Manuel Toussaint de elaborar una historia general del arte mexicano que se iniciaba con la de Toscano y culminaba con la de Fernández, cuyo tema es el arte de los siglos XIX y XX, mientras que la obra de Garibay abarca todos los géneros de expresión literaria en lengua náhuatl, antes y después de la conquista.

Sin perder el alcance enciclopédico, José Miranda cubre en *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas, 1521-1821* (1952) los tres siglos coloniales en lo referente a lo que el título anuncia. Obra magna, parte de los orígenes peninsulares para llegar a la relación entre ideas e instituciones, desde las originadas en el medioevo hasta aquellas que dieron lugar a la independencia mexicana. Sobre este último tema trata también un texto de 1953 titulado originalmente *La revolución de independencia*, nombre al que en ediciones posteriores se le agregó que se refería con más precisión al proceso ideológico. Su autor, Luis Villoro, destacó por ofrecer una interpretación fenomenológica en la que pone de relieve la vinculación entre las ideas y los grupos sociales que las detentan, en relación con sus intereses.



Pese a que con el libro anterior hacía acto de presencia la especialización, un nuevo trabajo de magnitud enciclopédica comienza a publicarse en 1955: el primer tomo de la *Historia moderna de México*, dedicado en este caso a la vida política de la República Restaurada. El complemento tardaría en aparecer diecisiete años, en 1972, con la segunda parte de la vida política interior del Porfiriato. Su autor, casi no hace falta decirlo, es Daniel Cosío Villegas. En su factura, tanto del libro publicado en 1955 como de los de 1970 y 1972, aparecen todos los vericuetos de la vida política, así como el personal que integra los cuatro poderes, los tres formales y la prensa, en medio de una plétora de situaciones e incidentes relacionados con el poder.

Los tratamientos extensivos no desaparecen, si bien hay ganancia en cuanto a profundidad y rigor filológico. Tal es el caso de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* (1957), de Miguel León-Portilla, obra que se centra más en los aspectos interpretativos y exegéticos que en permitir que prevalezca la descripción como sucede en las obras de Toscano o de su maestro Garibay. En esta tesitura se encontraría un libro de temática muy diversa, *El liberalismo mexicano* (1957-1961) de Jesús Reyes Heróles. Su gran cobertura hace que la reiterada enciclopedia sea la característica constante de la producción del decenio.

Un giro notable es el que se da con *La invención de América* (1958) de Edmundo O'Gorman, gracias a que en 1951 también él había incurrido en el tratamiento amplio y exhaustivo de las ideas sobre la cuestión americana. Libro original, es producto de un largo proceso de investigación y meditación que, para llegar a la interpretación histórica que ofrece, hubo de atravesar una multitud de textos e ideas hasta alcanzar la propia.

Conforme a la selección de libros que se analizan en éste, con el de O'Gorman parece llegarse a un fin de ciclo, caracterizado por tratamientos de amplitud, descripción minuciosa sin renunciar a la interpretación, indudable temor a no cubrir todos los aspectos y búsqueda de originalidad tanto en el objeto estudiado como en la explicación. Aun las obras de quienes pertenecen a una generación más reciente, Villoro, Reyes Heróles y sobre todo León-Portilla, deben ubicarse dentro del horizonte que las genera. Nuestra selección omite un decenio de historiografía. La última obra de este ciclo, que abarca la mitad de todas las consideradas, fue publicada en 1958; la siguiente, del ciclo posterior, tiene pie de imprenta de 1968. Se trata del famoso *Pueblo en vilo* de Luis González.

En efecto, no es que en el decenio transcurrido entre 1958 y 1968 no hayan aparecido algunas obras significativas de la historiografía mexicana, lo que sucede es que la brecha se da como algo natural y en las dos

orillas quedan esos dos trabajos merecidamente reconocidos que, por lo pronto, nos permiten proponer una división en dos partes, cuyos nombres, sin ser del todo justos, quieren significar a cada conjunto de quince.

El libro de Luis González, que lleva como subtítulo *Microhistoria de San José de Gracia*, abre nuevas perspectivas al darle a una espacialidad reducida su dimensión universal. Se trata de una obra innovadora por su expresión lingüística, antiolemne, que reivindica la historia local sin perder el rigor académico.

Por su parte, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México* (1969), de Enrique Florescano, representó la adopción de la metodología de la historia cuantitativa, así como el estudio de correlaciones entre diversos factores geográfico-económicos y sus repercusiones en la vida social. Es un libro que muestra el influjo abierto de *Annales*. Aquí hay dos ejemplos de renovación historiográfica de estilos muy distintos, ya que en uno se pondera la recreación y la narrativa, mientras que en el otro, el análisis y la explicación. Al año siguiente apareció una obra de corte diferente, *Nacionalismo y educación en México* (1970) de Josefina Zoraida Vázquez, que da fe de un avance hacia la historia intelectual, centrada en los libros de texto escolares, en los cuales advierte el fomento de la conciencia nacionalista, a través de un proceso histórico que cubre todo el México independiente. Tres libros aparecidos en tres años sucesivos marcan rutas diferentes del quehacer historiográfico.

Para ese momento, una mirada nueva hacia la Revolución Mexicana se hace patente con *La ideología de la Revolución Mexicana* (1973), libro fundacional de Arnaldo Córdova, cuya factura lo distingue de anteriores tratamientos practicados al mismo objeto de estudio. El rigor analítico se suma a la nueva perspectiva con la que aborda el tema, que se centra en el Estado. La historiografía de la Revolución se enriquece también con la incorporación de nuevos actores sociales, los protagonistas de *La Cristiada* (1973-1974), de Jean Meyer, que también marca un hito en la escritura de la historia. Libro aglutinante, sin omitir el conflicto entre la Iglesia y el Estado, dirige su atención al estudio de la base social de los contendientes. Con los dos libros se establece en México la práctica del llamado "revisionismo historiográfico" de la Revolución. La interpretación oficial de la misma sucumbe ante las nuevas miradas críticas de las generaciones que emergen.

Al mismo tiempo, un historiador dedicado al México prehispánico también avanza por caminos no transitados antes con una nueva propuesta en torno a Quetzalcóatl: *Hombre-dios*, de Alfredo López Austin (1973), en la que biografía, religión y política convergen dentro de un tratamiento hasta entonces inédito. Al igual que en los dos casos anteriores y el de Florescano, se hace presente la necesidad de la interdisciplina con el

fin de ampliar los horizontes tanto analíticos como comprensivos de la realidad histórica.

Un género tradicional, la biografía, reclamaba asimismo nuevas actitudes. *Miramón, el hombre* (1974) muestra la responsabilidad que asumió José Fuentes Mares al abordar a su personaje con frescura y prosa tersa, sin solemnidad; todo ello gracias a una trayectoria ejemplar en la historia de vidas, de la que había dado prueba con sus obras sobre Poinsett, Santa Anna y Benito Juárez.

La experiencia de otros historiadores maduros hace que por fechas cercanas se emprendan pagos de asignaturas pendientes. *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976) de Juan A. Ortega y Medina es una investigación cuyo punto de partida se remonta a más de veinte años atrás, con la elaboración de su tesis doctoral. Allí trataba el asunto, pero no lo desarrollaba con la amplitud con que lo abordó en una apertura temática hacia cuestiones no mexicanas. Libro sin precedente, analiza el tema que indica el título, teniendo como referente no explícito el proceso novohispano. Otro cumplimiento tardío fue la edición póstuma de *Reyes y reinos de la Mixteca* (1977) de don Alfonso Caso. Su gestación tuvo inicio desde los años cuarenta, cuando Caso se entregó al desciframiento de códices con el fin de extraer de ellos las historias que ahí se contaban. Con los avances que dejó inéditos, Ignacio Bernal pudo dar cima a lo que quedó guardado tras la muerte de su autor en 1970. Obra que por sí sola denota su corte enciclopédico, lo es por partida doble: lo que aporta para el conocimiento de la lectura de los códices y lo que ofrece de conocimientos sobre la historia ocurrida en la Mixteca.

Otros dos frutos del revisionismo hacen acto de aparición: uno es *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana* (1976), libro en el que Enrique Krauze se centra en los miembros más destacados de la generación de 1915, con la presencia e interacción de dos de sus maestros ateneístas, y con ello aborda a los intelectuales que alcanzan la dimensión anunciada en el título. El otro es *La frontera nómada* (1977), obra en la que los revolucionarios sonorenses son objeto de la investigación desplegada por Héctor Aguilar Camín, en la que aparecen todas las figuras de la constelación norteña que se distinguió por su manera de ganar la guerra y, a partir de ella, el poder. Aquí la historia de personas aparece en relación con la geografía así como con la tierra que las genera y proyecta.

Hacia los años ochenta y noventa se vuelve a presentar el caso de dos productos notables de reincidentes, es decir, de historiadores probados que regresan a temas tratados en obras tempranas. El primer caso es el de *La herencia medieval de México* (1984) de Luis Weckmann Muñoz, quien alterna sus labores con la diplomacia cuando regresa a la investigación histórica con una obra de gran aliento en la que revisa y repasa los elementos

de origen medieval manifestados en la cultura que asienta Europa en tierra mexicana en el siglo XVI. El otro libro *Extranjeros en México y mexicanos en el extranjero* (1993-1994) viene a recuperar y ampliar lo que Moisés González Navarro había trabajado en *El Porfiriato. Vida social* (1957) y en *Sociedad y población en México* (1970). Esta nueva incursión en la historia demográfica deja saldada la deuda contraída por su autor a lo largo de su fructífera carrera.

Cierran el cuadro dos enfoques originales, frescos, de muy diversa índole. *Resistencia y utopía* (1985) de Antonio García de León y *La santidad controvertida* (1999) de Antonio Rubial. El primero es un amplio recorrido por la etnohistoria de Chiapas, leída como “memorial de agravios”, en la cual se entretrejen elementos míticos e históricos que desembocan en un presente de incierta solución. El segundo constituye una incursión por figuras novohispanas cuya santidad no llegó a ser reconocida, pero cuya presencia tanto en el imaginario como en la devoción es definitiva. El influjo de la historia de las mentalidades se hace manifiesto en esta obra.

### *Algo sobre sus temas*

La lectura de los treinta estudios de las obras seleccionadas para integrar este libro permite tener un panorama de la historiografía mexicana del siglo XX, en la medida en que las treinta obras son parte del proceso general que la constituye. En ese sentido, las omisiones no afectan lo que representan las obras que forman parte del recorrido que aquí se ofrece.<sup>5</sup> Además de las consideraciones a que puede dar lugar tal representatividad, es interesante asomarse a algo de lo que significan como conjunto en la difícil tarea de hacer más vasto el conocimiento del pasado. ¿Qué asuntos de los que en términos generales se antojan de importancia para trazar el mapa de lo ocurrido se hacen evidentes, y aún comprensibles, gracias a las obras aquí reunidas?

Ante todo es necesario destacar una cosa: la mayor parte de los trabajos leídos se ocupa de la historia de México. Una explicación posible es que la tradición de atender a lo más próximo para quien elige la indagación del pasado como oficio cuenta ya con varios siglos, de ahí la necesidad palpable de conocer la realidad histórica del país en todas sus

<sup>5</sup> Admitir que representan un proceso no quiere decir sino que, a partir de su existencia y su significación como hechos históricos, estas obras permiten construir una idea de lo que ha sido la historiografía mexicana en el curso del siglo. Sobre la pertinencia de su selección, se convierte en un reto para futuros historiadores juzgar si cada uno de los textos reúne las características de *influyente, representativo y permanente* que Gaos propone como criterio para lo *memorable*. Gaos, *op. cit.*, p. 76-77.

manifestaciones. Otra, muy plausible, es que la influencia ejercida por el auge del nacionalismo mexicano, una de las características del siglo inmediato anterior, sobre todo en su primera mitad, generara preguntas cuyas respuestas se esperaban de la historia. Una más es que los temas sancionados por la memoria histórica, y consagrados incluso por la historiografía antecedente, indudablemente requirieron de estudios desde nuevas perspectivas desde cualquiera de los ángulos implicados por la operación historiográfica. Es decir, surgieron preguntas nuevas por insatisfacción ya fuera de lo investigado, de lo interpretado o bien de lo expresado por la historiografía decimonónica. Por último, es un hecho que los recursos para la investigación, señalados por la preceptiva histórica vigente en distintos momentos, sin ser esto una regla, colocaban más al alcance de la mano los datos concernientes al pasado de México. Estas razones, en términos generales, resultan válidas para toda la producción, si bien cabe aclarar que el subconjunto de obras, cuyas fechas de publicación inician en 1968 y se prolongan hasta el penúltimo año del siglo, aun cuando muestra que la dedicación a temas mexicanos sigue privando, deja ver una dosis mayor de cosmopolitismo en lo referente a metodologías y enfoques.<sup>6</sup>

Así pues, las obras del primer grupo, contemporáneas de libros como *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) de Samuel Ramos y *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz, así como de toda la producción de la serie México y lo Mexicano que dirigió Leopoldo Zea para Porrúa y Obregón, hacen presente de manera patente el interés por el país, su identidad, su historia, su cultura, cuestiones todas que estaban en el centro de la reflexión y de las preocupaciones de los intelectuales mexicanos y que imponían a la exploración del legado histórico y cultural de México una nota especial.

Si se revisan los temas de las obras reunidas en ese conjunto, observamos que ofrecen soluciones de lo más variado para dar cuenta de lo ocurrido. Así, visiones de largo alcance para *explicar* la historia general del país, incluyendo el pasado inmediato, o para entender el origen de un movimiento en particular, el zapatismo revolucionario, apoyadas en factores específicos como la raza y la tierra; cortes espaciales y temporales que obedecen a la necesidad de explicar aquello que ha representado ya sea riesgos para la constitución de un territorio nacional, Coahuila y Texas, ya un régimen de gobierno al que se le adjudican responsabilidades graves en el desenvolvimiento de la nación, el Porfirismo; tratamiento

<sup>6</sup> Un caso de excepción lo constituye el trabajo del historiador Jean Meyer, nacido y formado fuera del ámbito mexicano, al que se integró posteriormente.

de acontecimientos y etapas reconocidos como sustantivos para trazar el proceso histórico de México, tales como la Conquista y el periodo colonial, bajo ópticas que procuran la relación entre fundamentos jurídicos y hechos, entre ideas e instituciones; o bien que destacan factores como el ideológico para dar razón puntual de las paradojas que encierran actos inaugurales de la historia patria, como es el caso de la Independencia.

Hay páginas dedicadas a describir el arte, empeñadas en señalar sus particularidades, tanto en la época precolombina como en el siglo XIX, y en distinguir aquellos rasgos que hacen de sus expresiones algo propio, así como aportes para el conocimiento de la literatura en lengua náhuatl y del legado filosófico de esta importante cultura. Asimismo hay esfuerzos por construir la historia de una corriente de pensamiento, el positivismo, en su aclimatamiento mexicano. Se emprenden trabajos exhaustivos con el ánimo de determinar las vicisitudes de la historia política de la Restauración de la República y el Porfiriato; o bien con el interés por aquilatar la herencia ideológica de mayor fuerza, el liberalismo, identificada con la fundación del Estado nacional mexicano. Y, como corolario de ese primer tramo, una reflexión, con base en el registro historiográfico, encaminada a destacar el sentido del ser americano como producto de su historicidad.

Un balance indica que hay intereses políticos, culturales y filosóficos que, salvo el primer caso, en el que se emprende una historia de cobertura amplia, y el último, en el que el mundo que se quiere abarcar rebasa los límites de la nación mexicana, propician discursos que tienden a subrayar aspectos de una realidad cuya determinación espacial o temporal se muestra como de relieve para entender mejor a México.

Antes de intentar una consideración general sobre el significado del segundo conjunto, es preciso señalar que las obras caracterizadas como producto de "asignaturas pendientes" que aparecen en él participan de un horizonte de preocupaciones comunes a las del primero, de ahí que, el rico inventario que enfoca todo lo relacionado con los reyes y reinos de la Mixteca, el que se ocupa de recordar una herencia poco apreciada, cual es el caso de la medieval, aquel que por vía de la erudición define elementos de la identidad de los vecinos anglos y aun el que lleva a cabo una exploración cuantitativa y cualitativa de la extranjería por el método de contraste, abundan en la búsqueda de aquello que caracteriza y define lo mexicano.

El agrupamiento que hemos propuesto para representar la etapa de la historiografía mexicana que va del final de los años sesenta a la culminación del siglo XX permite descubrir continuidades y rupturas en lo que respecta a las contribuciones al conocimiento del objeto de estudio más socorrido, la historia de México. Saltan a la vista resultados de investi-

gación histórica provenientes de depuración de métodos, afinación de perspectivas, asimilación de teorías, presencia de escuelas nuevas con propuestas recientes para abrir expedientes no consultados de lo pasado. Prevalecen, sin embargo, preocupaciones semejantes.

Aparecen así miradas que escudriñan una historia local para poner al descubierto su pertenencia al mundo, acentos en las estructuras de la economía para dar razón de los acontecimientos señeros como es el caso, una vez más, del movimiento de Independencia, y acentos también en modelos educativos ideados para formar la conciencia nacional. Asimismo surgen observaciones destinadas a proporcionar una nueva imagen de la Revolución Mexicana, a fuerza de presentar las características de la ideología que la sustenta, y otras más encaminadas a describir y explicar actores no advertidos de los episodios de la guerra Cristera.

También se dan a conocer planos del mundo prehispánico a los que se consigue penetrar mediante el estudio del mito representado en Quetzalcóatl. Se recupera el género biográfico para intentar una comprensión distinta de los sucesos ocurridos en el siglo XIX; se realizan estudios particulares, por el carácter regional —Sonora— o por el acento en un grupo de individuos —los “caudillos culturales”—, igualmente interesados en alcanzar niveles de explicación más convincentes de causas y efectos del movimiento revolucionario. Y, para cerrar el cuadro, se atiende, con intenciones distintas, a planos de la realidad subyacentes o medianamente ocultos, que se colocan en la realidad del país con el fin de aquilatar la parte que juegan en su composición: convicciones de criollos en torno de la santidad y resistencias de indios, en un tiempo largo y un lugar preciso.

El balance general muestra a las claras que la historiografía en cuestión efectivamente ha colaborado en el ensanchamiento del horizonte de quienes pretenden conocer a México recurriendo a su historia. Los aspectos tratados, los tiempos recorridos, los espacios visitados y los acontecimientos y personas con los que se consigue hacer evidente esa realidad posible del pasado son buena prueba de la dificultad que entraña el oficio puesto al servicio de lo que parece ser una sola causa. Sin ponerse de acuerdo, las miradas se encuentran y muestran lo que a los ojos de un pensador agudo representa uno de los puntos clave del suceder historiográfico: la tensión entre la pluralidad y la unidad. Cada una de las respuestas dadas descubre cómo y cuánto está presente la unidad de la realidad que representa México en la conciencia de quien explora y describe alguna de las partes que directa o indirectamente se asocian a ella.

A reserva de que se perfile en los estudios que se ocupan de valorar las obras, cabe destacar la manera en que entran en juego los afanes de conocimiento y los esfuerzos de comprensión del objeto en cuestión en las tareas que emprenden los historiadores. De modo que, aunado a la

ampliación de lo que propiamente se conoce a partir del conjunto que aquí aparece, habría que colocar todo aquello que por añadidura permite comprender y, por supuesto, tratar de explicarnos por qué.<sup>7</sup>

Respecto de este punto, es importante tomar en consideración que las obras elegidas en nuestro estudio reflejan todo lo que el siglo XX ofreció en lo referente a tendencias para escribir la historia. Hay resabios positivistas y empiristas; historicismo diltheyano, influjo de pensadores como Karl Mannheim o Martin Heidegger, y desde luego Karl Marx y Max Weber. La historiografía francesa, expresada en las distintas etapas de la escuela de los *Annales*, aparece al lado de trabajos que admiten influjos menos explícitos provenientes de prácticas historiográficas generadas en el mundo anglosajón, o de modelos como el proporcionado por grandes libros como la *Paideia* de Werner Jaeger, o por historiadores del arte como Wilhelm Worringer, para citar algún caso. Una reflexión surge de esto: la historiografía que se practica en México, a lo largo del periodo, se deja influir por tendencias, pero no calca modelos. Es por eso que pensamos en la inconveniencia de abordar el análisis de conjuntos historiográficos a partir exclusivamente del agrupamiento en tendencias o escuelas, ya que ese proceder dejaría fuera muchas obras cuya individualidad tiende a colocarlas, en el mejor de los casos, como heterodoxas.

Se trata, en suma, de productos surgidos de diferentes horizontes o circunstancias que reflejan la necesidad que expresaron los autores al emprenderlos. Nada es casual o contingente. La historia escrita refleja a las distintas generaciones que se suceden y a las necesidades que se les plantean. Como se indicó al principio, toda selección corre el riesgo de no abarcar muchas cosas. En este libro ha quedado fuera todo, menos lo que está en él, como decían José Gaos y Edmundo O'Gorman.

La representatividad del proceso de la historiografía del siglo XX en México y la significatividad de una historia, en este caso la de México, son cuestiones de las que sólo se puede hablar frente a la realidad de una responsabilidad compartida, la de los autores de las obras y la de los lectores que aquí dan cuenta de ellas. Vale la pena dedicar algunas consideraciones a unos y otros.

<sup>7</sup> La hermenéutica, precisamente definida por Paul Ricoeur como "la teoría de las operaciones de la comprensión relacionada con la interpretación de los textos", así como el concepto de texto que propone, nos sitúa en el camino de búsqueda de dos niveles de comprensión para el asunto que nos ocupa, el de las obras sometidas a estudio y el de lo histórico presente en sus contenidos. Cfr. Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, 2a. ed., trad. de Pablo Corona, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 380 p. (Sección de Obras de Filosofía), p. 71 y s.



*Un poco sobre los autores*

Los trabajos estudiados cubren un periodo de sesenta y siete años y en su elaboración intervinieron por tanto distintas generaciones de autores, quienes, como ha quedado dicho, realizaron diferentes tipos de historias. La apreciación del conjunto que forman permite valorar algo sobre uno de los temas que se destacan al hablar de la historiografía mexicana del siglo XX, su profesionalización. En primer término, es preciso advertir que concurren a la elaboración de las historias reseñadas aquí, un conjunto cuya procedencia en materia de estudios es muy diversa. Para el primer tramo, todavía no aparece el historiador formado en toda su pureza, es decir, aquella *rara avis* que decidiera después del bachillerato estudiar profesionalmente historia, puesto que tales estudios datan de la cuarta década del siglo, si bien hay que reparar en que están presentes algunos de quienes abrazaron la historia como segunda profesión, poniendo de manifiesto su vocación. Predominan entre ellos los abogados, pero están presentes, los filósofos, un periodista, un arqueólogo y un canónigo; se trata de individuos que recorrieron distintos caminos antes de acceder a la historia o bien al mismo tiempo que la practicaban. Esto marca la obra de muchos tanto en los aspectos temáticos como en los de procedimiento o método. Los abogados se interesan en el Estado, las instituciones, o bien proceden como si formularan alegatos jurídicos buscando pruebas contundentes. Los filósofos toman las ideas como centro de su reflexión y las abordan conforme a los dictados de su disciplina. En muchos casos hay interdisciplina: se debe llegar a dominios que sus profesiones originales no les reclamaban, como la filología, por ejemplo. Pero no obstante ello, todos hicieron de la investigación y la enseñanza sus campos de trabajo más frecuentes que esporádicos. Representan la primera etapa de la profesionalización, no por lo que estudiaron sino porque se asimilaron a las instituciones que propiciaron la elaboración de sus trabajos, aunque no hayan permanecido en ellas toda su vida.

Llama la atención, al pasar al segundo tramo, que no son mayoría los autores cuya formación disciplinaria haya sido exclusivamente la historia. Entre ellos aparecen quienes optaron por escribirla tras haber estudiado una carrera en campos vecinos o inclusive ajenos, junto a historiadores de primera y única profesión y aún al lado de quienes produjeron obra historiográfica con todos los rigores implicados para dedicarse más tarde a tareas alejadas de las fórmulas académicas del quehacer. Una vez más, hacen acto de presencia algunos abogados y filósofos, aunque también desfilan estudiosos de la ciencia política, la sociología, la comunicación y aun de la ingeniería.

Sin el ánimo de entrar en detalles, cabe la reflexión de cuán variados son los caminos que conducen a la elaboración de obras de historia y, sobre todo, cuán logrados los productos de quienes se interesan por lograr respuestas en ella aprovechando horizontes disciplinarios que refuerzan la formación de quienes la eligen como campo exclusivo de trabajo. El celo que se advierte en la búsqueda de saberes para comprender mejor lo que hemos sido no resulta patrimonio sólo de algunos, aunque es patente el hecho de que los propósitos y métodos que se reconocen como propios de los historiadores forman ya parte de una cultura interesada en rendir cuenta de lo sucedido. No es casualidad que la gran mayoría de los que aquí se hacen presentes haya tenido o tenga hoy nexos con dos de los centros con mayor tradición en el cultivo de la historia, la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México.

En todo caso, el repertorio que ofrecemos también invita a establecer relaciones entre los factores involucrados en la realización de las obras. Quiénes, con qué bagaje de estudios y de cultura, con cuáles preguntas y a partir de qué respuestas anticipadas ofrecen el cúmulo de noticias y de interpretaciones que aquí desfilan. Cuál es la importancia de haber educado la mirada, y aun los sentimientos, en torno de particulares aspectos de la realidad cuando se lleva a cabo una investigación histórica, por qué la familiaridad con la palabra y con la pluma rinden frutos singulares en materia de conocimiento histórico. En fin, un poco de todo esto, e incluso de aquello que condiciona en alguna medida cada una de las investigaciones, también tendrá lugar en las páginas que escribieron esta vez treinta autores, en calidad de atentos lectores.<sup>8</sup>

### *Los lectores de las obras*

Si la decisión de someter a estudio treinta obras que juzgamos representativas de un siglo extinto implicó asumir una experiencia que puede calificarse como dilatada, de trato amistoso y distante con algunas de ellas, de curiosidad por reconocerlas bajo una nueva óptica y de compartirlas, la de encargar los estudios a un conjunto de colegas y alumnos obedeció en cambio a otro tipo de experiencia: la que permite que de la

<sup>8</sup> Indudablemente las observaciones de Michel de Certeau acerca de que “la práctica histórica depende siempre de la estructura de la sociedad” y el repertorio de cuestiones que sitúa alrededor de esta frase ratifican la necesidad de atender a una gran cantidad de factores para ampliar el horizonte de estudio de la historiografía. Si bien algunos de ellos pueden advertirse en los diversos acercamientos que componen nuestro trabajo, la vía que hemos elegido en esta ocasión, reiteramos, se centra en la valoración de los escritos. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, trad. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad iberoamericana, 1985, 372 p.

convivencia por tiempos breves o largos, se desprenda la certeza de poder compartir un interés, en este caso, el del análisis del trabajo de los historiadores.

¿Quiénes han sido los lectores? Sus nombres aparecen en el índice y también en cada uno de los capítulos; sin embargo, estas páginas quieren presentarlos como individualidades que son de un conjunto con propósitos comunes. Practicantes del oficio de observar la historiografía por largo tiempo en un extremo y en el otro, aprendices interesados en hacer sus armas en lo mismo, puede decirse que abrazan a otros más que, sin haber elegido la práctica del análisis de la historiografía como tarea, han mostrado en los años recorridos algo más que habilidad para llevarla a cabo. Sensibles a los temas, a los autores, a la ciencia y arte de investigar y escribir la historia, resultaron para los efectos que buscamos, las personas más indicadas.

Distribuidos en espacios distintos y también distantes, puesto que actualmente desempeñan sus labores tanto en diversas entidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, tales como el Instituto de Investigaciones Históricas, la Facultad de Filosofía y Letras, la Facultad de Economía, el Instituto de Investigaciones Estéticas, la Escuela de Estudios Profesionales Acatlán, el Instituto de Investigaciones Filológicas y la Escuela Nacional Preparatoria; como en otras universidades públicas: la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, la Universidad Autónoma del Estado de México; o en instituciones como la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, o el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, si se piensa en quienes ocupan ya un sitio entre los destinados a la investigación y la docencia de la historia. Hay también quienes hoy en día se hallan en el tránsito de los estudios de posgrado, o aun aquellos que todavía no concluyen las tesis para obtener el título de la licenciatura.

En términos generales, puede decirse que los lectores aquí presentes provienen también de generaciones distintas, aunque en este caso, no tan distantes. Los mayores, que han visto pasar un crecido número de alumnos de Historia en dos escuelas, la de Acatlán y la de Ciudad Universitaria son Cristina González Ortiz y Álvaro Matute; les han seguido los pasos en las lides de la docencia o en las de la investigación, también por largo tiempo, Marialba Pastor, Evelia Trejo, María Eugenia Arias, Salvador Rueda y Patricia Osante; con menos años, pero de trayectoria amplia, Felipe Ávila, Claudia Ovando, Delia Salazar, Laura Angélica Moya y Juan Manuel Romero han combinado también el trabajo intenso en los dos campos más frecuentados de desempeño profesional con los estudios de posgrado hoy en día indispensables. Enrique Plasencia, Federico Navarrete, Renato Gon-

zález Mello, Miguel Pastrana, Miguel Rodríguez y Elisa Speckman forman un contingente de doctores jóvenes con destacados méritos en especialidades varias. De la larga lista de historiadores en formación, aunque este apelativo se debe a que están todos ellos en vías de conseguir su grado o su título, es necesario poner en primera fila a aquellos que parecen tener más próxima la meta que hoy en día se coloca al final de la vida de estudiante: el doctorado. En esta situación se encuentran Pedro Salmerón, María José Garrido, Lucrecia Infante, Leonardo Lomelí y Rodrigo Díaz Maldonado; los siguen de cerca, con avances sustantivos para obtener el grado de maestros, Teresa Álvarez Icaza, Roberto Fernández, Luis Romo Cedano y Carmelina Molina Ortiz Monasterio; Cecilia Montiel Ontiveros, en Madrid, encamina sus esfuerzos hacia los mismos fines, y Natalia Cervantes, al igual que María Luisa Flores, hace lo propio para llegar al punto de partida: conseguir la licencia de historiadoras.

El elemento común a todos ellos es que, sin excepción, pasaron por las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde la mayoría obtuvo alguno de sus títulos o grados en Historia, o están por obtenerlo, y todos sin excepción se brindaron gustosos a enfrentar el reto de convertirse en transmisores de una experiencia de lectura. Así, podemos afirmar, con un poco de trampa, que treinta lectores leyeron, y por un lapso convirtieron en tema de estudio, treinta obras.

Es importante señalar que la elección de lectores para cada una de ellas no estuvo exenta de dificultades. Procuramos complacer los intereses y la voluntad de los invitados a participar en el proyecto, pues, era ya un hecho la conformación del 80% del grupo de trabajo para este fin cuando tomamos la decisión de dar al libro la característica con la que aparece. Así, una vez establecida la lista de obras a examinar, los colaboradores tuvieron cierta libertad para seleccionar sus preferencias y nosotros como coordinadores también pudimos establecer requerimientos para responsabilizar a más colegas y alumnos de los trabajos pendientes.

De esta manera el ejercicio que emprendimos consistió en buscar y hacer posible el encuentro entre textos dados a la imprenta en un lapso de más de sesenta años y en la apropiación de los mismos por lectores, tanto asiduos como nuevos, de páginas que esta vez quedarían representadas en nuestro libro bajo una óptica particular. Así, la relación de Álvaro Matute con *La revolución agraria en México* de Molina Enríquez, la de Cristina González con *La evangelización puritana* de Ortega y Medina, la de Felipe Ávila con *Raíz y razón de Zapata* de Jesús Sotelo Inclán, la de Claudia Ovando con *el Arte precolombino de México y de la América Central* de Salvador Toscano, la de Laura A. Moya con *El liberalismo mexicano* de Jesús Reyes Heróles o las de Miguel Rodríguez Lozano con *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana* de Enrique Krauze, Federico Navarrete con *Hombre-dios* de Al-

fredo López Austin, y la establecida por jóvenes como Pedro Salmerón Sanginés con *La frontera nómada* de Héctor Aguilar Camín o la de Roberto Fernández con los *Ensayos sobre la colonización española* de Silvio Zavala, pueden situarse entre las del primer tipo. Es decir, el conocimiento y reflexión acerca de estos trabajos ya se había dado en tiempos y ocasiones diferentes. Una, muy socorrida, ha sido la implicada en la preparación de las tesis sobre la obra de muchos de estos autores, o bien sobre los temas por ellos frecuentados.

Del mismo modo, existía una comunicación en curso entre la producción escrita, historiográfica o de otra índole, de ciertos sujetos y la lectura posible de trabajos específicos, en casos como los de Evelia Trejo y *La República Restaurada* de Cosío Villegas, Renato González Mello y *El arte del siglo XIX en México* de Justino Fernández, Luis Romo Cedano y *La Cristiada* de Jean Meyer, Rodrigo Díaz Maldonado y *La invención de América*, de Edmundo O'Gorman, María Luisa Flores y *La literatura náhuatl del padre Garibay*. Las obras en cuestión estaban pues ya instaladas en el universo de las lecturas a comprender para cada uno de ellos.

Por otra parte, los puentes que suelen trazar los libros de historia entre los múltiples asuntos que se ofrecen al estudioso del pasado y los interesados en desentrañarlos han permitido que, esta vez, un grupo selecto de lectores nos ofrezca su apreciación de un cuerpo selecto de trabajos: Patricia Osante de *Coahuila y Texas en la época colonial* de Vito Alessio Robles, María Eugenia Arias de *Pueblo en vilo* de Luis González, Marialba Pastor de *Precios del maíz* de Enrique Florescano, Salvador Rueda Smithers de *Resistencia y utopía* de Antonio García de León, Delia Salazar de *Mexicanos en el extranjero* de Moisés González Navarro, Enrique Plasencia de *El Porfiriato* de José C. Valadés, Miguel Pastrana de *Reyes y reinos de la Mixteca* de Alfonso Caso, Juan Manuel Romero de *La filosofía náhuatl* de Miguel León-Portilla, Leonardo Lomelí Vanegas de *El Porfiriato* de Cosío Villegas y Teresa Álvarez Icaza de *Las ideas y las instituciones en México* de José Miranda. Todos, de una u otra manera, han revelado en su trayectoria, además del profesionalismo para tratar los temas involucrados en los textos, sensibilidad para el estudio de la escritura de la historia.

El interés por la historiografía como fenómeno vinculado con el que demostraran por ciertos autores o temas de su predilección fue el motivo de la relación establecida entre Elisa Speckman y *Nacionalismo y educación en México* de Josefina Vázquez, Cecilia Montiel y *Miramón el hombre* de Fuentes Mares, Lucrecia Infante y *El positivismo en México* de Leopoldo Zea, María José Garrido y *La revolución de independencia* de Luis Villoro, Natalia Cervantes y *La herencia medieval de México* de Luis Weckmann, Carmelina Molina y *La santidad controvertida* de Antonio Rubial.

Ahora bien, ¿cómo enfrentar la tarea que nos habíamos propuesto y a la vez respetar la heterogeneidad de perspectivas del grupo de trabajo? La primera cuestión es evidente, todos los convocados estuvieron de acuerdo en proceder de conformidad con la primera disposición; teníamos un cuerpo de obras historiográficas, producto de una selección y con ellas habríamos de mostrar algo que representara el proceso de la historiografía mexicana del siglo XX. El siguiente paso fue acordar el método por medio del cual se podría lograr un cierto nivel de homogeneidad en el libro que nos comprometíamos a elaborar. Aquí es en donde la deuda con autores que han inspirado nuestro trabajo por haber puesto en la mira de sus afanes y sus reflexiones la obra de los historiadores se hizo presente. Bajo algunas de las premisas que se desprenden de los escritos de José Gaos y de Hayden White,<sup>9</sup> invitamos a los lectores a observar con ojos atentos las operaciones que consideramos básicas de todo escrito acabado acerca del pasado: la investigación, la interpretación y la expresión. “Muchas fuentes, ideas originales, buenas plumas” podrían servir como guías para advertir la importancia de las obras sometidas a escrutinio.

La recomendación de evitar que la atención a los autores de las mismas desplazara la que queríamos otorgar a sus escritos no fue acatada por todos necesariamente. Entró en juego una mezcla de cuestiones como la curiosidad por la personalidad, el saber, la trayectoria, la palabra, el compromiso, la coherencia, la herencia, en fin, todo aquello que resulta posible y deseable para que los encuentros en la historia se produzcan y den frutos. En muchos casos, la vida y la circunstancia de los individuos aludidos ocuparon el espacio que los lectores juzgaron apropiado. No faltaron quienes encontraron en la encomienda de acercarse a las obras la oportunidad para entablar conversación directa con los historiadores y, así, hubo repetidos casos de entrevistas cuyos términos no pudieron quedar reflejados en su totalidad en las páginas de los respectivos estudios. Tales fueron, por ejemplo, los protagonizados por el encuentro de Rober-

<sup>9</sup> El texto de José Gaos arriba citado así como los escritos de Hayden White han sido de importancia capital para nosotros, en la medida en que nos han permitido colocar el discurso de los historiadores en el centro de la reflexión. Aun cuando pertenecen a formaciones académicas distintas, ambos autores se inscriben en la tradición que ha visto en la historicidad, la hermenéutica y la lingüística elementos indispensables para la comprensión de la historiografía y por tanto de la historia, alimentando con sus argumentaciones algunos de los principios que aparecen con rasgos de modernidad en el pensamiento de Wilhelm Dilthey y que en la actualidad cobran relevancia para la discusión de muchas de las ideas sostenidas por Paul Ricoeur y Hans Georg-Gadamer. Vid. Gaos, *op. cit.*; Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, 229 p. (Biblioteca Básica, 58), y *Metalhistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 p., entre otros textos.

to Fernández con Silvio Zavala; Lucrecia Infante con Leopoldo Zea; María José Garrido con Luis Villoro, Juan Manuel Romero con Miguel León-Portilla, María Eugenia Arias con Luis González, y los de Luis Romo y Pedro Salmerón con Jean Meyer y Héctor Aguilar Camín, respectivamente.

En otros casos, lo que abrió el espacio de páginas dedicadas a la biografía del autor fue simplemente la importancia que se detectaba en muchas de las ya escritas como homenaje a su memoria o en atención a su obra. Pero no fue la regla. No se planteó como demanda del libro la referencia puntual ni la nota alusiva a las críticas recibidas por la obra. No, el punto central defendido en las sesiones de comentario de los estudios fue permitir que los futuros lectores establecieran comunicación con productos de la historiografía del siglo XX; si por añadidura se aprovechaba la ocasión de conocer a quienes los habían elaborado, no había por qué oponerse. De ahí que, sensibles a los distintos procederes para llegar al objetivo, nos rendimos ante la evidencia de que podía cobrar la mayor importancia dar cuenta de los sujetos para poder hablar de los objetos de nuestro interés. Hubo también, en más de un caso, la voluntad de quien ofreció el texto ya construido al autor de la obra examinada, con el fin de recibir una opinión sobre el trabajo. Recurso válido que no propiciamos, pero respetamos. Así, sabemos que el doctor Silvio Zavala, la doctora Josefina Vázquez y el doctor León-Portilla, por ejemplo, tuvieron conocimiento de la lectura hecha de sus textos.

En muchos casos más, las prácticas mencionadas resultaban imposibles o no buscadas. La norma que los coordinadores nos impusimos fue la del respeto. El interés que prevaleció fue el de que cada uno de los lectores-autores se convirtiera en transmisor de un nuevo mensaje sobre las obras leídas. Éstas, lo sabemos, siguen estando allí, en ediciones originales o reimpresas, en distintas ediciones, algunas veces corregidas y aumentadas, cuestión que, entre paréntesis, suscitó la curiosidad y el compromiso por comparar expresiones de un mismo asunto en tiempos distintos de la vida de sus autores. Para nosotros, el hecho de tenerlas al alcance y de llamar la atención sobre ellas no es sino uno de los recursos para animar a conocerlas o a reconocerlas. Al mismo tiempo, la oportunidad de referirnos a ellas, en los términos en los que lo hemos hecho, significa establecer o reanudar un diálogo con sus contenidos.<sup>10</sup> Las pers-

<sup>10</sup> Uno de los aportes más significativos de la suma de preocupaciones en torno de las posibilidades de alcanzar la verdad que expresa Hans-Georg Gadamer radica en su insistencia en el tema del diálogo. Es en él en donde ocurre la fusión de los horizontes. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, 4a. ed., trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael Agapito, Salamanca, Sígueme, 1991, 687 p., v. I (Hermeneia, 7), y *Verdad y método*, 3a. ed., trad. de Manuel Olasgasti, Salamanca, Sígueme, 1998, 429 p., v. II (Hermeneia, 34).

pectivas que ofrecen los estudios aquí reunidos son distintas. Esto muestra la variedad de acercamientos de que son susceptibles. Si la sugerencia de tomar en cuenta los elementos constitutivos de la obra historiográfica que el pensamiento de José Gaos nos ofrece para adentrarnos en ella fue parte del bagaje con el que pudieron emprenderse los estudios, queda muy en claro que por encima de ella se puso de relieve la propuesta que también se hizo en el sentido de que el juicio de los lectores deseablemente insistiría en aquellos rasgos de la obra que parecían darle mayor significado. Así los acentos interpretativos, los que indicaran el rigor heurístico, o bien, los que se detectaran como propios de la expresión peculiar de los autores fueron destacados según las ópticas de los distintos observadores. Mirones empedernidos de la historia, en esta ocasión quisimos serlo de un conjunto de obras. De la diversidad de preguntas que encierran, de las posibilidades de conocimiento que implican sus temas, de las dificultades para ordenarlo en forma coherente, de los modelos de explicación antiguos o recientes a los que se acude, de las maneras de ver el mundo que se hacen evidentes, en suma, de los recursos estilísticos de quienes se comprometen con la puesta en escena del pasado.

Las miradas, sin ser estrictamente convergentes, permiten que nos adentremos en el territorio siempre apetecible de los textos. De distintas maneras nos enfrentamos a los libros de historia, les hemos hecho diferentes preguntas. Cada situación propicia una forma de entendimiento y, sin embargo, en el conjunto pretendemos alcanzar algunas líneas que contribuyan a esclarecer el proceso de la historiografía mexicana, vista desde la perspectiva que ofrecen algunos de sus frutos.

Por nuestra parte, hemos apuntado algunas consideraciones que darán idea a los futuros lectores de los afanes que nos mueven y de las conclusiones preliminares a que nos conduce este ejercicio. A ellos, en particular, los invitamos a dejarse llevar por la palabra de los estudios aquí reunidos, así como a visitar tres planos de la realidad historiográfica: el que concierne al pasado que representa cada una de las obras seleccionadas, el que las muestra como formas de solución de conocimiento del pasado y el que los distintos lectores proponen para aprehenderlas. En el primero, el pasado parece cobrar realidad; en el segundo, la experiencia de escribirlo denota sus alcances y sus límites, y en el tercero se hace evidente la capacidad que como receptores nos concierne.

El significado que se da a cada una de las obras es desde luego una manera de percibir las por medio de la cual se hace evidente lo que las caracteriza pero también lo que los lectores pueden ver en ellas. Al mismo tiempo, parte de la historia de la disciplina histórica está en las diversas maneras de hacerse cargo del pasado, y en la base de unos y otros procedimientos; lo que aparece es la voluntad de conocer aspectos de lo que



entendemos como México. Tema que permanece como reto para el conocimiento y como fuente inagotable para la experiencia historiográfica.

### *Notas y advertencias*

Este libro, reiteramos, busca poner el acento más en las obras que en los autores. En esto, entre otras cosas, se pretende que estribe su originalidad. Tradicionalmente, la mayoría de los estudios historiográficos se centra en quienes son concebidos como sujetos de la historiografía, lo cual es pertinente, si bien no hay que olvidar que son autores porque producen textos, discursos que adquieren vida propia al entrar en relación con sus lectores de manera independiente a la mediación que puede darse a través del autor. Por otra parte, es innegable que el lector puede acceder a la lectura de un libro por el interés en la persona que lo escribió, como también es cierto que puede llegar a él principalmente en vista del tema que trata. De hecho, las vías hacia la lectura de cualquier obra son diversas y rebasan incluso el afán de saber de una y otro.

En el caso que nos ocupa, lo que podríamos señalar como método de trabajo indicado para llevar a cabo las lecturas se redujo a la invitación a conocer páginas de pensadores como Gaos y White y algunos más de quienes han colocado en la mira la obra de los historiadores. Lo demás ha sido fruto de las iniciativas, las búsquedas y los estilos particulares.

Algunas recomendaciones para dar un cierto aire de homogeneidad a la tarea, que salvo ciertas excepciones honrosas los lectores-autores atendieron, fueron las siguientes: 1) dar título a los textos, sin mencionar los de las obras o de los autores, pues ambos datos se presentan en el pie de la primera página; 2) no abusar de las notas, particularmente evitar la tentación de proporcionar la bibliografía completa de los autores de las obras, o las referencias en extenso a las fuentes utilizadas por los mismos, y 3) no rebasar el número de páginas convenido.

A la vista de los materiales reunidos, los coordinadores de esta obra tomamos la decisión de presentar los trabajos en el orden cronológico de su publicación, y también acordamos dividirlos en dos partes en atención a las consideraciones arriba señaladas.

Sobra decir que agradecemos a cada uno de los autores su participación en el proyecto, nos sentimos honrados de contar con sus colaboraciones, las cuales, dentro o fuera de las escasas normas convenidas, nos han permitido cumplir con el propósito de presentar este primer esfuerzo de aproximación a la historiografía mexicana del siglo XX, a través de una treintena de obras.

Para hacer realidad su publicación estamos además en deuda con Ivonne Charles Hinojosa y con Dominique Amezcua Juárez, dos colaboradoras de primer orden que han revisado los textos y sus notas con el interés de entregar al Departamento Editorial un trabajo lo más acabado posible, no menos que con Virginia Guedea, directora del Instituto de Investigaciones Históricas, quien en el cumplimiento de su deber una y otra vez ha preguntado cuándo tendríamos listo este producto. Queda en manos de nuevos lectores la apreciación de este trabajo conjunto y de nuestra parte el compromiso de continuar apoyando la investigación en este campo, con la seguridad de que al hacerlo incitamos a los interesados en la historia a observar de manera atenta los afanes de los historiadores.

EVELIA TREJO Y ÁLVARO MATUTE  
30 de septiembre de 2003

